

Bernal Diaz, no les pudimos hacer perder punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo.» Pero al valor y al número no correspondia su instruccion en el arte de la guerra, para combatir contra la táctica de los soldados españoles, que eran entonces los primeros del mundo. En las naciones civilizadas actuales se ve que, uno que sabe manejar la espada, hace huir fácilmente á muchos compatriotas que desconocen la esgrima. Los españoles sabian jugar diestramente la espada, y ésta la blandian sobre los indios desnudos que, aunque armados, no sabian defenderse de ella. Luchaban; pero la destreza de los castellanos y su serenidad y aplomo, les hacia retroceder cuando veian caer á sus mas valientes capitanes, abierto el pecho por el cortante filo de un arma que, cada rápido golpe, producía una víctima. Cortés, lo mismo que Bernal Diaz y los demás conquistadores de Méjico, confiesan que los indios de Tabasco combatieron con ardimiento y valor. Por eso los vencedores, que habian sostenido una lucha terrible, atribuyeron el triunfo, en su moderacion, propia de los verdaderos valientes, mas que á su esfuerzo, al favor del cielo; «pues todas nuestras obras y victorias—dice Bernal Diaz al hablar de la anterior batalla—son por mano de Nuestro Señor Jesucristo.» El mismo Cortés, renunciando á la gloria que le podia caber como general, dice al emperador Carlos V, en su primera carta, las siguientes palabras: «Crean vuestras Reales Altezas por cierto, que esta batalla fué vencida mas por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas.»

Con no mas acierto han asentado esos escritores extran-

jeros, que los españoles elogiaban el valor de los indios de la Nueva España para hacer resaltar el suyo. Se olvidan, al expresarse así, que nunca hicieron los castellanos mérito de los triunfos alcanzados contra los indios de Santo Domingo, Cuba y Puerto-Rico, y que jamás consideraron la victoria alcanzada en la Española con doscientos hombres contra cien mil, en la batalla librada por todos los caciques reunidos, como una cosa extraordinaria. Deben, pues, haber encontrado notable valor y bizarría, como realmente encontraron, en los indios de todo el país que hoy se conoce con el nombre de Méjico, para consignarlo en sus cartas y sus libros, el arrojo con que combatian.

Hernan Cortés visitó á los heridos españoles y les manifestó lo satisfecho que estaba de su comportamiento en la batalla. Pocos momentos despues asistió al entierro de los dos soldados que sucumbieron á las heridas recibidas.

La noche se pasó tranquilamente, aunque sin descuidar la vigilancia necesaria siempre en los ejércitos.

Al siguiente dia mandó Hernan Cortés que le condujesen los cinco prisioneros. Llegaron éstos temerosos, creyendo que serian tratados con el rigor con que ellos acostumbraban tratar á los prisioneros. Cortés les recibió con afabilidad; les manifestó, por medio del intérprete Gerónimo de Aguilar, la pena que sentia de haberse visto obligado á combatir, cuando solo anhelaba la paz con los habitantes de Tabasco: les regaló vistosos abalorios, y dejándoles ir en libertad, les dijo que hiciesen entender á sus caciques que les brindaba con la paz y con la amistad; que ellos y no él, habian sido causa de la sangre ver-

tida; pero que, olvidando lo pasado, les invitaba á una sincera y cordial reconciliacion.

Los mensajeros, agradecidos á las manifestaciones de aprecio de Cortés, prometieron cumplir con el encargo, y se alejaron contentos y admirados de verse libres y obsequiados, cuando esperaban ser oprimidos y castigados.

No fué infecunda en buenos resultados la generosidad usada por Cortés. En medio de su valor y de su espíritu guerrero, tenian los tabasqueños un corazon leal y agradecido. La moderacion de Cortés en el triunfo y las consideraciones guardadas con los prisioneros, cautivaron á los jefes indios, pues veian humano al vencedor, á quien en el combate encontraron valiente y poderoso.

Admitiendo su invitacion de paz, los caciques enviaron quince individuos con regalos de gallinas, pescado y pan de maíz para Cortés, en señal de que anhelaban entrar en negociaciones de amistad. Hernan Cortés les recibió con agrado; pero Gerónimo de Aguilar, que conocia las costumbres indias, al ver el humilde traje que llevaban los enviados, manifestó al general español que aquellos eran esclavos, y que las embajadas solo se hacian por medio de personas principales. Hernan Cortés les dijo entonces, por medio del mismo Aguilar, que volbiesen á su campo, y que hiciesen saber al señor de aquella tierra que, si queria la paz con que le brindaba, enviase á tratar de ella á personas distinguidas. Luego, tratándoles con cariño, les hizo algunos regalos, y envió con ellos al cacique, vistosas cuentas azules y deslumbrantes abalorios.

Al siguiente dia se presentaron en el cuartel general español cuarenta indios principales, vestidos con ricas

mantas de algodón, adornados de lujosos penachos de brillantes plumas, y llevando en las orejas y en el labio inferior adornos de oro. Iban acompañados de un gran séquito de indios, cargados de presentes de aves, peces y frutas para el general español. Al presentarse á Cortés, se inclinaron humildemente, le incensaron, como era costumbre entre ellos cuando se acercaban á una persona venerada, y en seguida expusieron el objeto de su embajada, terminando por solicitar rendidamente la paz. Cortés les escuchó con seriedad, para dar mayor valor á lo que deseaba conceder. Luego tomando la palabra, y fingiendo un enojo que estaba muy lejos de sentir, manifestó gran disgusto por la recepcion hostil que le habian hecho cuando él llegó ofreciéndoles la amistad.

Los enviados le manifestaron que habia influido poderosamente en la tenaz guerra que le habian hecho, los consejos del indio Melchorejo, quien habiéndose presentado á los caciques la noche anterior, les dijo que luchasen sin tregua; que los castellanos eran pocos, y fácil vencerles y destruirles. Cortés les pidió que le entregasen al desertor; pero le hicieron saber que despues de haber sido vencidos, le sacrificaron á sus dioses por haberles aconsejado mal.

Cortés les hizo ver que si fuese vengativo, podia arrasar la campiña y las ciudades, por haber sido provocado á la guerra; «pero está muy lejos de mí,—añadió con agradable dulzura,—el deseo de hacer daño á los habitantes de este país. No anhelo su mal, sino su bien: no ser su contrario, sino su amigo.»

Terminadas estas palabras, estrechó la mano de los embajadores; les trató con franca afabilidad; les hizo buenos

regalos de vistosas cuentas, y les despidió amistosamente. Los obsequiados indios se manifestaron altamente agradecidos, y partieron contentos, ofreciendo volver con los principales caciques de las diversas tribus confederadas.

Con efecto, al siguiente día se presentaron en el campo español los señores de las naciones coligadas, acompañados de un numeroso y lucido séquito, seguidos de muchísimos servidores que llevaban un presente de mantas de algodón, plumas, cuatro diademas de oro de poca ley, de mas trabajo que valor, y algunas otras piecitas del mismo metal, imitando aves y mariposas. Pero este presente, de variados objetos, fué acompañado de otro mas sorprendente que llamó la atención de los castellanos. Consistía el complemento del obsequio en veinte hermosas esclavas, diestras en el arte de condimentar las viandas, que regalaron al general español, para que le preparasen diariamente los platos mas exquisitos de su mesa, y le hiciesen el pan de maíz, que ellas sabian elaborar delicadamente.

Entre esas esclavas se hallaba una de singular belleza, conocida en la historia con el nombre de Marina, y que prestó, mas tarde, notables servicios á los españoles en la conquista.

Hernán Cortés se mostró con los caciques afable y atento, expresándoles el mas profundo agradecimiento, no por el valor material del presente, sino porque indicaba el lazo de amistad que debia unirles. Al verles satisfechos de la recepción y dispuestos á dar las pruebas mas inequívocas de la lealtad con que habian convenido en la paz, les dijo por medio de Gerónimo de Aguilar, que si anhelaban pro-

porcionarle una satisfaccion completa, hiciesen venir á sus hogares á sus familias y á los habitantes de la ciudad. Les indicó en seguida, por medio del mismo intérprete, que habia sido enviado por un poderoso monarca, no para causar daño á los pueblos, sino para hacerles comprender que la religion en que vivian era inicua y atraerles á la verdadera. Ardoroso católico, les explicó lo mas comprensible y noble de la moral cristiana, y manifestándose interesado en el bien de sus nuevos amigos, les suplicó que dejasen desde aquel instante la funesta idolatría; que abrazasen el catolicismo, y que en vez de reverenciar á los ídolos sangrientos, á quienes sacrificaban víctimas humanas, levantasen en el templo un altar, colocando sobre él la imagen de la Virgen Santísima con su divino Niño en brazos, á quien debian acudir en sus oraciones, por ser todo mansedumbre, amor y caridad.

Cortés les mostró, al decir estas palabras, una escultura pequeña de Nuestra Señora, con el niño Jesús en los brazos, que miraron con placer y cariño.

No encontraron los caciques objecion ninguna que oponer. Tenian á los españoles por hombres de una inteligencia divina, y no dudaron que su Dios y su religion debian ser muy superiores á sus ídolos. Hecha entre ellos esta reflexión, contestaron que estaban dispuestos á complacerle; que los vecinos de la ciudad volverian en breves instantes á sus casas, y que aceptaban las creencias cristianas desde aquel momento. Cortés, contento del buen éxito de su prédica, les dió las gracias por la deferencia que le mostraban, y les regaló, cuando se despidieron, muchos y vistosos abalorios.

En cuanto los caciques se alejaron, prendados de la afabilidad y generosos sentimientos del jefe castellano, Hernan Cortés dió á cada capitán de los mas distinguidos, una de las esclavas del presente, para que les atendiesen en el servicio de la mesa, favoreciendo al cumplido caballero Alonso Hernandez Portocarrero, primo del conde de Medellin, con la jóven Marina, que era la mas despejada, inteligente y resuelta.

Todo era animacion y vida en Tabasco á las pocas horas. Los habitantes habian vuelto á sus hogares, y la ciudad presentaba un aspecto risueño y agradable. Parecia que sus vecinos y los soldados de Cortés llevaban una amistad de mucho tiempo. Los cambios de piececitas de oro por cuentas de vidrio, se estableció entre unos y otros, y nadie se acordaba de los pasados combates, sino de las presentes alegrías.

Los caciques, anhelando manifestar á Cortés la sinceridad de sus palabras, hicieron construir en el acto un altar en el templo principal, limpiaron el suelo, quitaron los ídolos que hasta entonces habian ocupado el teocalli, y colocaron la imagen de la Madre del Salvador.

Era el siguiente dia domingo de Ramos, y Hernan Cortés se propuso solemnizarlo de la manera mas espléndida y digna que le fuera posible. Iba á ser la primera fiesta católica presentada en la Nueva España, y quiso darla á conocer á los recién convertidos, con sencilla magnificencia; pero procurando con las ceremonias de la Iglesia producir una impresion grata, profunda, que no se borrara jamás de la mente de los que acababan de abandonar su falsa religion.

Para dar á la fiesta religiosa la solemnidad conveniente, se dispuso una procesion. Hernan Cortés, sus capitanes, los soldados y marineros, formando dos largas hileras y llevando en sus manos cada uno un gran ramo de palma, se colocaron enfrente á la puerta del alojamiento del general español. La imagen de la Virgen con el Niño estaba colocada en unas graciosas andas llevadas por cuatro oficiales, y á pocos pasos de ellas se veia al respetable padre Olmedo, varon venerable por su virtud y su saber.

La procesion empezó á recorrer las calles, seguida de millares de indios que se unian á ella con verdadera adhesion de cariño. Los caciques y los nobles se unieron á la comitiva, y poco despues la procesion llegó al templo. Un profundo recogimiento reinaba en todos los concurrentes. La imagen de la Madre del Salvador fué colocada sobre el limpio y nuevo altar, y en seguida se dió principio á la misa, que la celebró el respetable Fray Bartolomé de Olmedo. Los caciques y sus vasallos guardaban el mayor recogimiento, y se arrodillaban, se inclinaban ó se ponian de pié, siguiendo las ceremonias de los españoles. Terminada la misa y hecha la bendicion de las palmas, Hernan Cortés les dijo á los caciques, por medio de Aguilar, que les dejaba la imagen de Nuestra Señora para que les sirviese de intercesora; que la respetasen, tuviesen limpio siempre su altar, creyesen en un solo Dios, todo pureza y virtud, y no volviesen á derramar sangre de inocentes víctimas en los altares de sus falsos ídolos.

Los caciques prometieron obsequiar sus deseos, cumpliendo fielmente con las atenciones que para el nuevo culto les pedia.

Con objeto de asegurar mas y mas la adhesion de los tabasqueños, manifestó á los caciques el deseo que tenia de que se declarasen súbditos del rey de España, para que así quedasen íntimamente enlazados los intereses de ambos países; y con el fin de dar una deslumbradora idea del poder del monarca español, hizo disparar la artillería, maniobrar á los soldados de caballería y hacer varias evoluciones á los infantes. La proposicion fué acogida con manifestaciones de cordialidad, y desde aquel instante se declararon vasallos del emperador Cárlos V, reconociéndole por su legítimo señor.

Hernan Cortés les prometió, en nombre de su soberano, su apoyo y su proteccion, les abrazó afectuosamente y se despidió de ellos, anunciándoles que iba á partir dentro de breves instantes.

La noticia de la próxima partida entristeció á los hospitalarios tabasqueños. Hernan Cortés seguia una política con la cual hacia mas conquistas que con las armas. Su moderacion, su tino, su amabilidad y su noble porte, habian atraido el sincero aprecio de los caciques y de la nobleza, y todos le manifestaron el sentimiento que tenian por su marcha. Hernan Cortés les agradeció sus manifestaciones de amistad; pero no podia detenerse por mas tiempo. Los pilotos le acababan de avisar que amenazaba viento del Norte, y se apresuró á salir antes de que se presentase.

Pronto se dispuso lo necesario para el viaje. Los soldados entraron en los botes y se dirigieron á las embarcaciones que se hallaban en la embocadura del rio. Millares de canoas, llenas de indios, acompañaron á los castellanos

hasta sus buques. Los caciques habian enviado grandes provisiones de gallinas, pescado, fruta y pan de maíz, ofreciendo á Cortés su constante amistad.

Al siguiente dia, lunes, á los primeros albores de la mañana, los veleros bajeles, henchidas sus velas por el viento favorable, se dirigian hácia las doradas playas mejicanas.



J. F. Pares - Editor

MARINA

Lic. M. Pujadas - Barcelona.